

TODO VALE...

Desde hace bastantes años sigo con interés cuanto sucede en el mundo del arte contemporáneo, con las limitaciones lógicas de un simple aficionado que lee con asiduidad las cuatro ó cinco revistas españolas especializadas, que suele ojear, cada vez menos, los culturales de los periódicos nacionales, que visita frecuentemente galerías y salas públicas de Madrid, ciudad donde vivo, por supuesto asisto cada año a la feria de Arco, con invitación pues no pagaría los 30 euros que han puesto de entrada, y muy de vez en cuando, cuando mi economía me lo permite compro alguna cosa de los artistas que me parecen interesantes y todavía se encuentran a mi alcance.

Si hay algo que ha definido mi formación y en cierta medida me ha otorgado un cierto criterio a la hora de seleccionar lo que me parece interesante y lo que no, han sido las señas de identidad de cada uno de los periodos históricos generacionales que han discurrido por el panorama del arte contemporáneo durante las últimas cinco décadas.

En función de esos parámetros se podía determinar la calidad de una obra, situarla dentro de una etapa concreta del autor de la misma, y por supuesto configurar un mapa de la evolución del arte en general y de cada uno de los artistas más o menos relevantes en particular.

Desde hace aproximadamente unos diez ó doce años, he ido observando, con cierta preocupación, que esas señas de identidad desaparecían a un ritmo vertiginoso. Comentándolo con amigos aficionados al arte, coincidíamos en que se trataba de un fenómeno pasajero sin la mayor importancia, cuya fecha de caducidad no llegaría más allá de lo que suele llegar cualquier moda.

Creo que nos equivocamos.

Con la irrupción en España de los primeros minimalismos y el desmesurado auge de la fotografía allá por el inicio de los noventa, fue tal el aluvión de nuevos artistas que cada año aparecían en Arco que resultaba imposible, con algunas excepciones, diferenciar a unos de otros. La filosofía del todo vale se extendió tan rápidamente que los parámetros para analizar esas obras "emergentes" se basaban en conceptos tan frívolos como inconsistentes, se empezaba a hablar de riesgo, provocación, diversión, interesante, y toda una serie de adjetivos calificativos para definir las obras de arte, que, sinceramente, yo no sabía qué tenían que ver todas aquellas absurdas palabras con el contenido que supuestamente debe tener una obra de arte.

Aquel palabrerío absurdo se convirtió en idioma y el idioma en moda, la moda se hizo costumbre y a partir de ese momento cualquier objeto, manipulado o no, era arte, cualquier fotografía positivada en gran formato también lo era, daba igual que el que hubiese realizado el disparo no supiese ni enfocar la cámara, igual que no tenía importancia que el objeto en cuestión fuese la trivialidad más absurda de cuantas se pueden encontrar en un "todo a cien", todo valía, bueno, rectifico, todo no, solamente aquello que fuese envuelto en la delirante teoría conceptual del crítico de turno, que por supuesto recurría a alguno, cuando no a muchos, de aquellos insulsos calificativos y a muchas, muchísimas referencias bibliográficas.

¿Qué pasa, es que no saben escribir?, o quizá no saben qué decir ante la avalancha de interesantísimas y provocadoras obras de arte que se les viene encima, ya desde hace una década.

Reconozco que en algunos momentos me han hecho dudar, ¿no estaré al día?, ¿seré un retrógrado?, ¿qué me sucede?, no entiendo nada... claro, es que no hay nada que entender. Lamentablemente estos últimos diez años van a ser muy difíciles de clasificar en la historia del arte, aunque claro, si la historia la escriben los que ahora se autodenominan “historiadores de arte”, se ve que lo de críticos se les quedaba pequeño, no tendrán problemas para hacerlo, unos cientos de referencias bibliográficas, cuanto más raro, desconocido y con nombre que suene a germánico mezclado con sudamericano de culebrón, mejor, todo quedará justificado. No ante mí, ni ante los que piensan, como yo, pero sí ante los responsables de las colecciones públicas, museos, instituciones y cuantos lugares donde el dinero de los demás paga los errores de los que lo administran, que no quieren correr el riesgo de dejar de ocupar los puestos de cabeza en esa demencial y frenética carrera tras la modernidad.

Yo seguiré pensando lo mismo, “que un atraco a mano armada es un atraco a mano armada, aunque el que lo cometa sea un niño muy bueno”, y desde luego, una bolsa de basura, no es una obra de arte, aunque la firme un tal Gavin Turk y se encuentre expuesta junto a Braque, Picasso y Van Gogh, en la National Gallery de Londres.

Carlos Esteve Mora